

¿SIMPLEMENTE RELIGIOSO O CRISTIANO DE VERDAD?

1

UNA ENTREVISTA CON JESÚS

"Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel y no sabes esto?" (Juan 3:1-10).

Es de noche en Jerusalén y un hombre viene a ver a Jesús. Es un hombre que no carece de importancia en dicha ciudad. Nicodemo es ante todo un judío, de la nación de Israel, que disfruta de los privilegios que Dios ha concedido a Su pueblo, habiendo sido escogido de entre todas las naciones de la tierra con el propósito de proclamar Su nombre. Nicodemo es, al mismo tiempo, fariseo y, por ello, pertenece a la más estricta de las órdenes religiosas, lo cual no es no mucho menos un reproche. De hecho, si bien es cierto que algunos de sus correligionarios resultan insoportables por causa de su orgullo y de su hipocresía, se puede decir que muchos otros se saben hacer respetar gracias a su evidente piedad. De todos los judíos, los fariseos eran los que más celo mostraban por las cosas de Dios, llegando al punto de respetar minuciosamente algunos de los mandamientos de la ley y de la tradición; ayunaban dos veces por semana y daban los diezmos de sus ingresos.'

Para el fariseo, la religión no era algo a lo que dedicaba tan sólo un día a la semana, sino que era más bien toda una vida consagrada a Dios y a su ley. Pero Nicodemo es mucho más que un simple fariseo, ya que recibe además el nombre de Maestro de Israel. Es uno de los hombres destacados de su país, un doctor encargado de la enseñanza del pueblo de Dios.

Resultaría fácil creer que semejante hombre poseería todas las cualidades necesarias para entrar en el reino de Dios. Por lo cual nos vemos obligados- a llegar a una conclusión totalmente distinta.

1. Ver Lucas 18:12-13. El lector se dará fácilmente cuenta de que el autor basa su discusión sobre la Biblia, citándola con frecuencia a lo largo de toda la obra. Para más detalles acerca de la autenticidad de la Biblia y su mensaje, se ruega al lector que se refiera al capítulo 6 de este libro.

Según las palabras del propio Jesucristo, aquel hombre no estaba listo para entrar en el reino de Dios, ya que tenía necesidad de nacer de lo alto. Sin esa experiencia esencial, no le sería posible convertirse en ciudadano de la ciudad celestial que Dios tiene preparada para los suyos.

En este relato encontramos un hecho que resulta al mismo tiempo sorprendente e importante: una persona puede ser religiosa, puede haber seguido desde su juventud las más estrictas tradiciones de su fe, llegando incluso a convertirse en un maestro, hasta en un doctor de la enseñanza, pero haber dejado totalmente de lado lo que es esencial.

De haber vivido Nicodemo en nuestros días, no cabe duda alguna de que habría sido un devoto católico practicante, tal vez cura, pastor o profesor de un seminario. Habría consagrado toda su vida a Dios, pero sin haber entendido aquella frase fundamental pronunciada por Jesús: "Os es necesario nacer de nuevo," o sea, de lo alto (Juan 3:7). Lo que cuenta para entrar en el reino de Dios, para tener la vida eterna, no es ni haber recibido una educación esmerada ni conocer bien la situación social, sino haber verdaderamente "nacido de lo alto."

Es muy posible que sea usted un católico o protestante fiel y sincero, un creyente que se esfuerce por seguir con más o menos fidelidad las enseñanzas de la iglesia. Pero, ¿ha nacido usted de lo alto? ¿Será posible que haya sido usted bautizado, que haya hecho la primera comunión, que siga las tradiciones de la iglesia sin conocer, como le sucedía a Nicodemo, esta experiencia fundamental y maravillosa, que es "nacer de lo alto"?

¿Cómo se puede nacer de lo alto? La intención de este pequeño libro es mostrar en qué consiste el nacimiento espiritual a fin de hacer posible que nazca usted del Espíritu de Dios y para que posea esa gozosa seguridad. En la actualidad son muchas las personas que son cristianas por tradición, sencillamente por el hecho de que sus padres eran cristianos y por haber recibido una educación religiosa. Pero, ¿es usted católico o cristiano? ¿*Simplemente religioso o cristiano, ver ad* ¿Verdaderamente cristiano? ¿Es usted, acaso, religioso, como lo fue Nicodemo, o ha nacido usted de lo alto? Si se muriese usted esta noche, ¿estaría preparado para entrar en el reino de Dios?

A usted le es posible saberlo y Dios desea que lo sepamos, de hecho el apóstol Juan nos dice:

"Estas cosas os he escrito... para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios" (1 Juan 5:13).

No se trata de cambiar de religión o de crear una nueva religión. Ya tenemos religiones más que de sobra; se trata de descubrir a Jesucristo, tal y como nos ha sido revelado y no tal y como nosotros nos lo imaginamos. ¿Acaso no dijo Él mismo:

"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3)?

ABSUELTO POR EL TRIBUNAL

"Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios" (Romanos 10:1-3).

El camino que nos conduce al nacimiento de lo alto pasa por el descubrimiento de la naturaleza misma de la justicia de Dios y su confrontación con nuestro propio estado espiritual. En esta epístola, escrita a los romanos, el apóstol Pablo participa en la gran preocupación que le causan aquellos conciudadanos y correligionarios suyos, los judíos. Movidos por su celo, deseosos de servir a Dios, ignoraban lo más importante de todo: la justicia de Dios. Se imaginaban que a base de hacer y de obrar para Dios, podrían establecer delante de Él su propia justicia y su derecho a la vida eterna. Pablo nos indica claramente que tenían necesidad de la salvación. La condición para obtener dicha salvación requería el saber reconocer que la justicia de Dios era la propia justicia de ellos.

¡Qué insensatez pensar, de verdad, que por cualquier obra, les sería posible a los hombres convencer a Dios de su justicia! ¿Acaso estaban convencidos de que, por causa de ellos, Dios estaría dispuesto a torcer su propia justicia para aceptar a aquellos hombres tal y como eran? ¿Como si Dios hubiese tenido necesidad de sus buenas obras, de la justicia de los hombres! Recuerdo perfectamente bien la idea que yo tenía acerca de la justicia de Dios, antes de saber lo que decía la Biblia al respecto. Yo pensaba que en el día del juicio, cuando yo apareciese ante Su presencia, Dios sopesaría mis buenas y mis malas obras. Por lo tanto, si yo no hacía demasiadas tonterías, me aceptaría en Su reino, haciendo tal vez inclinarse la balanza, por amor, del lado del bien. ¡Qué tremendo orgullo por mi parte!

Pensar que yo podía, mediante mi propia justicia, satisfacer las exigencias de la justicia perfecta de Dios. Pero un día un amigo me mostró lo que Dios ha revelado:

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:8-9).

Si yo pudiera decir que he realizado una buena acción concreta, y que por ello merezco la vida la salvación eterna, sería yo el que estaría recibiendo la gloria y no Dios. Es más, la justicia de Dios es implacable; es perfecta. Su justicia no hace aceptación de personas. Esa misma justicia exige que sea condenada toda injusticia, que es el castigo por todo crimen que se haya cometido. Las Sagradas Escrituras anuncian claramente este principio a lo largo de todas sus páginas:

"Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad" (Romanos 1:18).

¿Podríamos nosotros imaginarnos a un juez que soltase a un asesino por el hecho de que hubiese mencionado al juez sus cualidades y buenas obras? ¡Naturalmente que no! Es preciso castigar el crimen y ¡con mucho más motivo los crímenes cometidos en contra de la justicia divina!

¿Pero acaso somos nosotros tan terriblemente malos? Después de todo, ¿no nos hemos esforzado en hacer las cosas lo mejor que hemos podido? No cabe duda de que hemos cometido equivocaciones, pero lo cierto es que tampoco somos tan malos como algunas otras personas. Nuestra educación cristiana nos ha impedido cometer los más tremendos pecados. ¿Acaso no es Dios para nosotros el "buen Dios" que a la postre todo lo va a solucionar?

Pero al leer la Biblia descubrimos un punto de vista totalmente distinto. Todo pecado, frente a la santidad de Dios, se convierte en una abominación. En la Biblia Dios no hace distinción entre el pecado mortal y el pecado venial; todo es pecado mortal. Leamos lo que dice Pablo al respecto:

"... hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Romanos 3:9-12).

Pero lo que es más inquietante todavía, lo que nos está reservado es el castigo. Dios dice que "... la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). En la Biblia la muerte no es el fin de la existencia, pero sí que es una separación. La muerte física es la separación del cuerpo y del alma y, de igual manera, la muerte espiritual es la separación que existe entre el hombre y su Dios. Dios le dijo a Adán acerca del árbol prohibido: "El día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:17).

Aunque Adán no muriese físicamente ese día, murió efectivamente, siendo expulsado de la presencia de Dios. Cuando Pablo nos dice que la paga del pecado es la muerte, no está indicando que toda persona que cometa una injusticia estará separada a Dios, estando destinada a una existencia eternamente separada de Él.'

Cuando sea llamado a comparecer ante el Juez justo del universo, tendré que rendir cuentas de mi vida a Dios y ¡entonces me veo condenado! Claro que he realizado una serie de acciones buenas durante mi vida. Pero es la línea de conducta normal y necesaria y no puedo merecer ningún mérito por haberlo hecho. Estoy condenado porque he cometido injusticias, he cometido pecados y la paga del pecado es la muerte, la separación eterna de la presencia de Dios. ¿Qué solución se puede encontrar? ¿Tal vez mi propia justicia?

1. Ver, además, Efesios 2:1 y 2 Tesalonicenses 1:7-9.

"Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia" (Isaías 64:6).

¿Me bastará mi propia sinceridad?

"Engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso..." (Jeremías 17:9).

No existe más que una sola solución y es lo que la Biblia llama la salvación, la liberación, el nacimiento espiritual.

Si espera conseguir un lugar en el Reino de Dios haciendo el bien, si cuenta usted con sus buenas obras para ganarse, de algún modo, la aprobación de Dios y poder entrar en el paraíso, sepa que nadie lo ha conseguido. El texto divino, la Biblia, es definitivo; no hay nadie que sea lo suficientemente justo como para poder entrar en Su presencia.

¿Podría usted compararse con el apóstol Pablo? Si hay alguien que pudiese pretender haber llevado una vida santa, haber hecho méritos delante de Dios, sería precisamente el apóstol Pablo. Leamos cuáles fueron sus cualidades:

"Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable" (Filipenses 3:4-6).

¿Quién se atrevería a decir nada semejante, irreprochable en lo que a la ley de Dios se refiere, a los diez mandamientos y a todo cuanto de ellos se deriva? Pero, con todo y con eso, este hombre termina diciendo:

"Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdidas por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (Filipenses 3:7-9).

¡Ha leído usted perfectamente! Una sola cosa contaba para el apóstol: el conocimiento de Cristo y la justicia de Dios por la fe en Cristo. Para él su propia justicia no tenía valor alguno, debido a que Pablo se daba perfecta cuenta de que en otro tiempo él había sido como uno de aquellos que, a costa de esforzarse por establecer su propia justicia, había ignorado e incluso despreciado la justicia de Dios. Si esto es cierto con respecto al más grande de los apóstoles, ¡cuánto más motivo no tendremos nosotros para necesitar la justicia de Dios y no la nuestra! gal .2:16

Es preciso que nos revistamos de la justicia de Dios si deseamos vivir eternamente con Él y he aquí lo vital del evangelio de Dios, las buenas nuevas que nos han sido transmitidas en Jesucristo: Dios concede esta justicia gratuitamente a toda persona que esté dispuesta a confesar su propia injusticia y a aceptar, mediante la fe, esta justicia y este perdón.

Después de haber demostrado que es imposible ser aceptados por Dios siguiendo la ley (los diez mandamientos, etc.) Pablo escribe:

"Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Romanos 3:21-24).

Ciertas verdades han quedado claramente expuestas en esta frase que resulta un tanto oscura:

- Todos los seres humanos son pecadores: todos tienen necesidad de la justicia.
- Se obtiene dicha justicia sin la práctica de la ley (de los diez mandamientos).
- Es para los que creen.
- Es posible gracias a la muerte de Jesucristo.

En este pasaje se trata igualmente de los que han sido "justificados." ¿Pero, qué significa esa "justificación"? Las Sagradas Escrituras nos lo explican: justificar quiere decir declarar justo al que no lo es. ¿Cómo puede Dios hacer semejante cosa? Leemos el siguiente versículo que casi nos resulta extraño si pensamos que procede de la Epístola a los Romanos:

"Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe les es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras" (Romanos 4:5-6).

El texto está claro hasta un impío que no haya realizado jamás una buena obra, pero que cree, puede atribuirse la justicia de Dios. ¿Acaso puede Dios ser injusto? ¿Cómo es posible que Él declare justo a un hombre injusto, sencillamente gracias a su fe? La respuesta la encontramos en el texto: "mediante la redención que es en Cristo Jesús" (Romanos 3:24). En otras palabras, mediante su muerte Cristo ha sufrido la condenación que yo merecía. De este modo soy libre, salvo de la ira de Dios.°

Tomemos un ejemplo. Pensemos una vez más acerca de la justicia humana. Pillan a un hombre en flagrante delito, cometiendo un asesinato. Durante el proceso se pronuncia el veredicto, imponiéndosele la pena capital. ¿Qué puede él hacer para lograr escapar a la justicia? No puede, como es natural, conseguirlo llevando una vida ejemplar, y la paga por el crimen que ha cometido es la muerte. Tampoco puede el juez perdonarle, ya que eso sería injusto. No queda, pues, más que una solución, pero que no escoje ningún hombre porque cuesta demasiado. Si el juez dice al criminal: "Le quiero a usted tanto que no puedo dejarle morir. Mi propio hijo se ha ofrecido para ocupar su puesto en la guillotina. Por lo tanto, ha sido usted declarado justo a los ojos de la ley; su culpa ha sido totalmente pagada."

Es evidente que no habría nadie que manifestase semejante amor por un criminal... a excepción de Dios:

"Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:6-8).

Qué diríamos si a pesar de todo, el condenado respondiese al juez: "No me interesa para nada su oferta, me burlo de usted. No le creo ni mucho menos. Yo me las arreglaré solo; soy suficientemente ingenioso." Resulta inconcebible pensar en rechazar semejante gracia o sencillamente hacer caso omiso de ella. Pero es, por desgracia, el caso de miles de personas que a pesar de decirse creyentes, no ven la necesidad de depositar su confianza plenamente en Cristo. Dios revela en la Epístola a los Hebreos:

"¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?" (Hebreos 2:3).

En efecto, Dios ha realizado todo para que nosotros podamos escapar a Su justa condena, e: decir, para que no nos encontremos eternamente separados de Dios. Ha llegado hasta el punto de entregar a Su propio Hijo, pero para que podamos beneficiarnos de esta maravillosa salvación, e: preciso que creamos. No se trata sencillamente de creer en la existencia de Dios, puesto que ha) muchos que creen en Dios sin conocerle.

He aquí dos ejemplos realmente emocionantes: Nicodemo y Pablo. Ambos creían en Dios, ambos creían en la existencia de Jesucristo, en Sus milagros, en la Biblia. Pero los dos estaban perdidos, sin tener la vida eterna, teniendo los dos necesidad de nacer de lo alto. No, no es suficiente con creer en Dios. Es preciso creer a Dios. He aquí de qué manera se puede nacer de nuevo, cómo podemos apropiarnos de Su justicia, cómo poseer la vida eterna: tomando a Dios al pie de la letra.

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

La vida eterna no es, sin embargo, una recompensa que merezcamos por causa de nuestra justicia o por nuestras buenas obras, ni mucho menos. Hemos visto ya que todos merecíamos la muerte eterna, por lo tanto, la vida eterna es un don de Dios.

"Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Romanos 6:23).

¿Cuál es, pues, el don gratuito? ¿Acaso tenemos que pagar un regalo que recibimos durante las Navidades de un familiar? ¿Es preciso que realicemos una acción que muestre nuestro valor para recibirlo? ¡Claro que no! Este don se nos concede de manera gratuita, por amor. ¿Qué es preciso que hagamos para que lo podamos tener? Una sola cosa: aceptarlo. En Su tremendo amor, Dios nos ofrece un regalo de Navidad, por el cual ha tenido que pagar un elevado precio: la vida eterna en Jesucristo. ¿La ha aceptado usted? Conforme a la autoridad de la Palabra de Dios afirmo, juntamente con el apóstol Juan:

"Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene la Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 Juan 5:11-12).

3

CREER, PERO ¿DE QUE MANERA?

Después de haberse entrevistado con Nicodemo, Jesucristo dijo:

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Juan 3:14-18).

Es preciso que examinemos más detalladamente lo que quiere decir la Biblia con la palabra "creer." Durante la discusión con

Nicodemo, y en muchas otras ocasiones, Jesús afirma que aquel que crea en El no es condenado, sino que tiene la vida eterna. Por lo tanto, todo depende de esta palabra "creer." ¿Con qué fuerza es preciso creer para recibir esa vida de tantísimo valor? Jesús nos lo aclara durante la conversación que mantiene con Nicodemo, escogiendo un ejemplo que Nicodemo conocía bien y que está sacado de las experiencias del pueblo de Israel, después de su salida de Egipto y durante el tiempo que permaneció en el desierto del Sinaí. Esta experiencia nos ha sido relatada en el libro de los Números:

. . . y se desanimó el pueblo en el camino. Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Pues no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano. Y Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes, que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel. Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: Hemos pecado por haber hablado contra Jehová, y contra ti; ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes. Y Moisés oró por el pueblo. Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre una asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá. Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre una asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía" (Números 21:4-9).

En esta historia, que resulta un tanto insólita, recordemos el método de que se valió Dios para liberar a Su pueblo del juicio. Le mandó a Moisés que fabricase una serpiente de bronce y que la levantase de tal modo que todo aquel que la mirase se salvase. Citando esta experiencia, Jesús afirma que anuncia, de una manera simbólica, Su crucifixión que estaba ya cercana. Está claro que se refiere aquí a Su muerte que traerá salvación a todos aquellos que crean en El.'

1. Ver Juan 12:32-33.

A fin de que podamos entender mejor el sentido de este ejemplo, realicemos un esfuerzo por colocarnos en el lugar de aquellos israelitas en el desierto. Supongamos que una de esas serpientes venenosas acabase de mordirme y que mi herida fuese mortal. Sumido en mi dolor, no me quedaría otro remedio que esperar la muerte, tumbado en mi tienda. Pero de repente, un amigo se precipita sobre mí para darme una buena noticia. ¡Ya no tengo motivos para temerle a la muerte! Dios, en Su gracia, me ha dado el remedio, una serpiente de bronce, colocada sobre un poste. ¡Yo no tengo más que mirarla y estaré totalmente curado!

Pero, ¡espere usted un momento! ¡Se dicen muchas tonterías en el lecho de muerte! ¡Tampoco hay que tomarme por tanto!. ¿Cómo puede un objeto de bronce, colocado sobre un poste, ayudarme? Si me hubieran dicho que me frotase la herida con un poco de bronce, a lo mejor hasta hubiera sido posible. Pero afirmar que con tan solo mirar a semejante objeto me voy a curar, es realmente absurdo.

Si me empeño en negarme a mirar, me moriré, pero si a pesar de mis dudas, miro . . . ¡estaré curado!

Podemos sacar algunos principios de este ejemplo, en lo que se refiere a la fe que conduce a la salvación.

1. *No es mi fe lo que me salva, sino Jesucristo.* En este ejemplo, la persona que mira a la serpiente no está haciendo otra cosa que tomar a Dios al pie de la letra y es, precisamente por ello, por lo que Dios sana a la persona. Nuestra confianza en Dios es nuestra respuesta afirmativa a lo que Él dice.

2. *No es la fuerza de mi fe la que me salva, sino Jesucristo.* Todo aquel que miraba a la serpiente era sanado, tanto si lo hacía con una enorme fe, como si lo hacía albergando ciertas dudas. Esto es muy importante. Todo aquel que deposita su confianza en Jesús es salvo, no por causa del poder de su fe, sino por la omnipotencia de Aquel en el que se confía. He aquí otro ejemplo:

Usted recibe una herencia de un millón de pesetas o pesos. Tiene dudas y piensa: ¿Qué debo hacer con este dinero? Finalmente decide usted confiarlo a un banco, pero con muchos temores y dudas. ¿Estará su dinero realmente seguro en ese banco? Pero de hecho, la seguridad de su dinero no depende de su confianza o falta de confianza en el banco, sino que

depende, más bien, de lo digno de confianza que sea dicho banco. Si se trata de un banco serio y solvente, su dinero estará seguro por muchas dudas que albergue usted. Pero si el banco es de dudosa seguridad, ni toda la fe del mundo podrá proteger su dinero.

Creer en Jesús es confiarle nuestra más importante propiedad, nuestro propio ser, para la eternidad. Resulta poco corriente que alguien lo haga sin haber dudado para nada. La confianza en el Señor es algo que se adquiere con la experiencia. A partir del momento en que confiamos en Cristo para nuestra salvación, pasamos por la experiencia de que Dios cumple todas Sus promesas con aquellos que están dispuestos a aceptarlas. De este modo, adquirimos una confianza que es cada vez mayor, hasta que podamos llegar a decir con el apóstol Pablo:

"Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Timoteo 1:12).

En los Evangelios, Jesús repitió una y otra vez la falta de fe de que hacían gala Sus discípulos. Un día les dijo: ". . . porque de cierto os digo, que se tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible" (Mateo 17:20).

No cabe duda de que la escasa fe de que hicieron gala Sus discípulos impidió y sigue impidiendo que hiciese aún más grandes cosas por ellos. Pero también es cierto que Dios acepta, para la vida eterna, a quienquiera que venga a Él, incluso cuando la persona tenga una fe vacilante y llena de temores. Precisamente vino para eso, para buscar y salvar a los que estaban perdidos. Cristo nos dice:

"Y al que a mí viene, no lo echo fuera" (Juan 6:37).

Por lo tanto, lo que importa de verdad no es la dimensión de nuestra fe. Lo importante es venir a Jesucristo, y depositar en Él la poca confianza que tengamos. Si nuestra seguridad delante de Dios se basa en lo que hayamos sido capaces de realizar por Él, en nuestra tradición o en nuestro bautismo, no podemos aspirar a esa vida. El que tiene al Hijo tiene la vida, la cual nos lleva al tercer principio.

3. *La persona que cree obedece, actuando en conformidad con su fe.* Hay una enorme diferencia entre aquel que cree en la existencia de Dios y el que cree en Dios y lo que Él dice. El primero es religioso y puede fácilmente perderse, mientras que el otro tiene la vida eterna. Leemos en la Epístola a Santiago:

"Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen y tiemblan" (Santiago 2:19).

Detengámonos a pensar por un momento. Los demonios saben muy bien que Dios existe. Se puede decir incluso que son muy ortodoxos en su doctrina, pero evidentemente opuestos a Él. De la misma manera, hay muchas personas que están convencidas de que son buenas católicas por el hecho de aceptar la existencia de Dios. Pero nada más lejos de la verdad. El reconocer la existencia de Dios y la autenticidad de Su revelación es indispensable para tener la vida eterna, pero no es suficiente. Es preciso que depositemos nuestra confianza en ese Dios, que nos aferremos a Sus promesas.

Si en un momento en que nos sintamos muy cansados, nos quedamos de pie, junto a un sillón, porque dudamos de su solidez, no correremos el riesgo de encontrar el descanso. Es más, si nos contentamos con confiar en su solidez, pero sin ponerla a prueba, ni nuestra confianza ni el sillón nos servirán para nada.

Démonos cuenta de que no es la fuerza de nuestras convicciones la que nos sostiene, sino más bien la del sillón. Lo mismo se puede aplicar a nuestra confianza en el Señor. Es necesario que acudamos a Él, que depositemos en Él nuestra confianza y entonces veremos que Cristo es un abrigo seguro, una roca sólida?

La persona que responde a la invitación hecha por Jesucristo, viene a Él y deposita en Él su confianza, obteniendo de inmediato la vida eterna, convirtiéndose en un hijo de Dios, que ha nacido de lo alto, y recibiendo el precioso don del Espíritu Santo de Dios. La Biblia llama a esta experiencia la salvación y ésta será el tema acerca del cual pensaremos en las próximas páginas.

Ver Salmo 18:2-3.

4

¡SOY SALVO!

"Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo" (Hechos 16:11).

"Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Romanos 10:9).

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:8-9).

La muerte es una terrible realidad. Frente a la muerte no nos basta con alimentar algunas vagas esperanzas sobre un futuro incierto. Es preciso que dispongamos de algo que sea de verdad cierto. ¿Pero tendremos derecho a ello? Si muriésemos mañana, ¿tendríamos la seguridad de encontrarnos con el Señor, con todo su esplendor? Hubo, en todo caso, un hombre que tuvo esta certeza y ese fue Pablo que dijo:

"Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Más si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor" (Filipenses 1:21-23).

¿Podemos decir que Pablo era orgulloso? ¿Por qué tuvo una confianza y seguridad tales? ¿Acaso por haber hecho todas las cosas que había hecho por el Señor? ¡Ni mucho menos! Más bien por causa de la que el Señor había hecho por Pablo. ¡Dios quisiera que cada cristiano de verdad disfrutase de esta misma confianza! El apóstol Juan llega incluso a decir que es una de las razones por las que ha escrito su primera epístola:

"Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios" (1 Juan 5:13).

"Para que sepáis," nos dice Juan. No es, por lo tanto, una vaga esperanza, sino que es una certeza en la cual no hay la menor sombra de duda, que se basa sólidamente en las promesas de Dios. Aquel que no posea esta seguridad hará bien en preguntarse si cree realmente en las promesas de Dios. Nuestra relación con Dios es la relación más importante de la vida y la Biblia afirma que Dios nos ama y resulta, por ello, totalmente inconcebible que nos deje en ignorancia con respecto a un asunto tan tremendamente importante como es nuestro destino eterno. Su Palabra es, por el contrario, como ya vemos, muy clara en este sentido. Si preguntamos a una persona si está casada, la hacemos con la esperanza de obtener una respuesta y nos quedaríamos de piedra si la respuesta fuese: No lo sé, pero espero estarlo. De la misma manera, si hemos pasado por la experiencia del nacimiento de lo alto, si hemos tenido un encuentro personal con Jesucristo, resultaría increíble que no tuviésemos seguridad. Eso sería una indicación de que todavía no habíamos tomado en serio Su promesa:

"Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo" (Hechos 16:31).

Hay personas que posiblemente pensarán que la persona que se atreva afirmar que es "salva" está siendo una presuntuosa. Pero ¿por qué hemos de pensar así? Con demasiada frecuencia se debe a que consideramos el cielo como una especie de recompensa que obtenemos por haber llevado una vida de santidad y de haber realizado buenas obras, pero es una terrible equivocación pensar de este modo. No es posible ganar ni el cielo ni la vida eterna; es sencillamente un don que nos ofrece Dios. No cabe duda alguna de que es posible hacer ostentación de nuestra espiritualidad y, por desgracia, esto es algo que sucede con demasiada frecuencia. Pero la persona que sabe que es salva no está presumiendo de nada. Sabe que merece la condenación de Dios, pero que Él, en Su gran amor, le ha concedido Su gracia, que le ha dado gratuitamente "la salvación que está en Cristo con la gloria eterna" (2 Timoteo 2:10).

Dios no clasifica en la Biblia a toda la humanidad, salvo en dos categorías, descritas en el Evangelio según San Juan, donde se nos dice:

"Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Juan 3:17-18),

y sigue diciendo:

"El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Juan 3:36).

Dios nos está diciendo que todo hombre, mujer o niño que todavía no haya creído, que no haya aún depositado toda su confianza en Cristo, permanece bajo la ira de Dios. La salvación es, pues, como pasar de un campo a **otro; de la muerte** a la vida, de la condenación a causa de nuestras obras al perdón que podemos disfrutar gracias a la obra realizada por Jesús. Esta experiencia es tan radical que Jesús la denomina un nacimiento de lo alto, o un nuevo nacimiento. En la Epístola a los Efesios, Pablo hace notar este mismo pasaje acerca de la vida pasada:

"Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo..." (Efesios 2:1-2).

Acerca del cambio de vida Pablo dice:

"Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:8-9).

La salvación y la vida eterna no son, por lo tanto, privilegios que vayamos a obtener más adelante, ya que toda la Escritura concuerda en decir que el que tiene al Hijo (o sea, Cristo Jesús) tiene la vida.' Esta vida eterna comienza con el nacimiento espiritual y no terminará jamás. Es por ello por lo que Jesús nos dice:

"De cierto, de cierto os digo: El que oye mi Palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida" (Juan 5:24).

¡Qué maravillosa promesa, salida directamente de la boca de nuestro Salvador! ¿Somos nosotros lo suficientemente sencillos como para tomar a Jesús al pie de la letra?

Ya no se trata de dudar acerca de la suerte eterna que hemos de correr. La persona que duda es porque sigue confiando en sí misma, en su capacidad para complacer al Señor de una manera o de otra. Pero Dios nos pide que nos volvamos a Jesús, que creamos en Sus promesas y que confiemos en Él con la misma fe que lo haría un niño pequeño. De esta manera nos es posible decir: "¡Poseo la vida! ¡Soy salvo! Muchas gracias, Señor, por la grandeza del don que me has concedido en Jesucristo. Lo acepto con gratitud, sabiendo que no soy digno." Su promesa es segura, ya que El no puede ser otra cosa, sino fiel.

1. Ver 1 Juan 5:12.

Es, por lo tanto, Dios mismo el que se ocupa de nuestra salvación. Hasta tal punto que ha dado voluntariamente lo que era más precioso para Él, a Su propio Hijo. Pero esta salvación es mucho más que una seguridad si tenemos en cuenta su juicio. Es algo todavía más maravilloso. La Biblia nos habla de la salvación en tres tiempos distintos: en pasado, en presente y en futuro.

En el pasado, Cristo murió con el propósito de librarnos de nuestra culpabilidad, de nuestra condenación.

"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1).

En el presente, Dios nos libra del poder del pecado, por el poder del Espíritu Santo que habita en nosotros, con el fin de concedernos la victoria.' Es precisamente este aspecto de nuestra salvación lo que deseamos estudiar brevemente en el próximo capítulo.

En el futuro, Dios nos librará de la presencia del pecado mismo, transformándonos para que tengamos la misma imagen de su Hijo:

"Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya" (Filipenses 3:20-21).

Ahora sí que podemos entender por qué el apóstol Pablo habla de la salvación en Jesucristo, acompañada de la gloria eterna. Es precisamente esta salvación completa, pasada, presente y futura, la que Dios ofrece a todo aquel que está dispuesto a recibir a Cristo.

2. Ver Romanos 6:17-22.

5

CREYENTE Y PRACTICANTE

"De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo" (2 Corintios 5:17).

"Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 5:14-15).

Cuántas veces hemos oído decir (¡y tal vez hasta incluso lo hayamos dicho nosotros mismos!): "Soy creyente, pero no practicante"? Entendemos perfectamente lo que esto significa. La persona en cuestión cree en Dios, pero es posible que se sienta decepcionada por ciertos dogmas de la iglesia, o tal vez haya vivido experiencias negativas que le han alejado de Dios.

Los dos términos de esta expresión son, sin embargo, contradictorios. Ninguna persona puede ser creyente de verdad sin que ese hecho cambie de modo radical toda su vida. La joven que conoce a un muchacho y que acepta convertirse en su esposa ve cómo cambia su vida totalmente. De la misma manera, la persona que acepta convertirse en discípulo de Jesucristo no puede continuar siendo la misma. Como ya hemos visto, cuando una persona recibe de verdad a Jesucristo nace espiritualmente. Pero ¿qué es el nacimiento sino el comienzo de la vida? Es imposible conocer esa vida a menos que se haya nacido y resulta igualmente imposible que esa vida no se manifieste. Este nacimiento hace que esa persona venga a formar parte de la familia de Dios.

La Palabra de Dios es tremendamente clara en la que a este tema se refiere. No todos son hijos de Dios, ya que el bautismo no sirve para que un ser humano se convierta en hijo de Dios. Leemos en Juan 1:12:

"Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios."

Por lo tanto, vemos que no nos convertimos en hijos de Dios hasta el momento en que creemos, hasta que no aceptamos, de buena voluntad, a Jesús como nuestro Salvador y Maestro. Y de la misma manera en que un niño es más o menos un *reflejo* de su padre, el verdadero hijo de Dios debe reflejar la personalidad de su Padre celestial. Cuando el niño crece empieza a andar y a vivir. Del mismo modo, el hijo de Dios se desarrolla para, convertirse, mediante la gracia del Señor, en un hombre o una mujer, que sabe caminar con Dios y vivir para Él.

De este modo queda resuelto el espinoso problema de las obras. Las obras son el fruto de una vida que ha sido transformada. Tal vez se haya dicho usted a sí mismo, al leer los capítulos anteriores, que el hombre podrá vivir como le plazca, pretendiendo obtener la vida eterna, puesto que ha creído. ¡Pero esa es una lamentable equivocación! Cuando el ángel anunció el nacimiento de Jesús a José, que se encontraba en aquel entonces prometido en matrimonio con María, le dijo:

"Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús [Salvador] porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mateo 1:21).

Es preciso que nos fijemos en el hecho de que el ángel no dijo: "salvará a su pueblo *en sus* pecados, sino *de sus* pecados." Por lo tanto, la persona que se empeña en continuar en sus pecados demuestra que no ha entendido lo que significa la salvación en Jesucristo. El apóstol Juan lo explica de una manera incluso más clara:

"El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios" (1 Juan 3:8-10).

Este principio es muy fácil de entender. Dios concede una nueva vida a todo aquel que cree. Esta vida se manifiesta cada vez más en su hijo, al ir desarrollándose en la gracia y en el conocimiento de su Señor, produciendo frutos dignos de su relación con Él.

Jesús nos ha ofrecido un ejemplo de esta verdad en Su sermón del monte:

"Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos" (Mateo 7:16-17).

Jesús no dice que el hombre se haga cristiano por sus frutos, sino que es todo lo contrario. Al verdadero cristiano se le puede reconocer por sus frutos. Pero a fin de poder producirlos, es preciso poseer la vida. Un manzano no puede, de ninguna manera, dar peras. Si vemos un árbol con una manzana o un centenar de manzanas, sabemos que no puede ser más que un manzano y que no veremos ninguna otra fruta en sus ramas. Solamente Dios es capaz de transformar una vida para que esa vida produzca otros frutos. De la misma forma, antes de confiar en Cristo, somos totalmente incapaces de producir frutos que le resulten agradables a Dios, sea cual fuese la belleza de los mismos en opinión de los hombres. Solamente cuando permitimos que nos transforme ese Dios vivo y verdadero, tenemos esa

posibilidad. Entonces llevaremos fruto y es precisamente para esto para lo que nos ha salvado Dios. Leamos la continuación del pasaje de la Epístola a los Efesios respecto a la salvación.

Antes: "Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo" (Efesios 2:1-2).

Después: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:8-9).

Luego: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Efesios 2:10).

¿Se ha dado usted cuenta del orden de estas tres etapas?

- Estábamos muertos a causa de nuestros pecados...
- pero somos salvos por la gracia...
- ya que hemos sido creados en Cristo para buenas obras ...

No es posible invertir este orden. ¡Qué lamentable es saber que un gran número de personas sinceras esperan conseguir, gracias a sus buenas obras, un lugar junto a Dios! Esto es imposible, a menos que se haya recibido la vida de Él. En comparación, qué enorme gozo saber que cuando venimos a Jesús, Él ha preparado para nosotros una vida rica en buenas obras para que nosotros las realicemos. No se trata sencillamente de obtener la aprobación de Dios, ya que ésta la tenemos segura en Jesucristo. Se trata más bien de permitir a Dios que, por medio de Su Espíritu, produzca en nosotros los frutos que Él desea.

En el capítulo 15 del Evangelio según San Juan, Jesús utiliza la vid con el propósito de ilustrar esta verdad tan esencial acerca de la unión que existe entre Dios y nosotros:

"Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto lo limpiaré para que lleve más fruto . . . Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:1-5).

Jesús nos compara con los pámpanos injertados en la viña y esa es una imagen de nuestra unión con Él, por medio de la salvación. Si uno de los tallos injertados no produce fruto, es perfectamente evidente que resulta de todo punto inútil intentar unirlo y que la savia de la viña no alimentará al tallo. Desgraciadamente hay muchos tallos que crecen en nuestras iglesias, superficialmente unidos, pero sin estar auténticamente unidos a la viña verdadera, mediante una relación vital. La persona que está en Cristo dará frutos y eso en la medida en que permita al Señor dirigir su vida y siempre que permanezca en Él. Además, podemos descubrir en este ejemplo el cuidado que tiene el labrador de su viña, que poda, recortando los sarmientos de modo que produzcan más. Jesús compara a este labrador con nuestro Padre celestial que, en Su amor, se ocupa de los más insignificantes de Sus hijos y que en todas las experiencias de la vida, tanto las

positivas como las más difíciles, nos prepara para que demos mejores frutos a la hora de recoger la cosecha.

¿Cuáles son los frutos que debe producir el auténtico cristiano? Leamos la Palabra de Dios antes de responder.

"Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe. .." (Gálatas 5:22).

"Porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia, y verdad" (Efesios 5:9).

"Así que ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre" (Hebreos 13:15).

¿Qué representan estos frutos, si no es la personalidad del mismo Jesucristo? Cuando Jesús mora en nosotros, tanto más fácil es cederle la dirección de nuestra vida y tanto más sencillo le resulta transformarnos a Su imagen y semejanza. Los frutos que hemos mencionado aquí son los que denotan un carácter que se transforme a la imagen de Jesucristo. Existe otra evidencia sobre la auténtica vida en Cristo, que solamente vamos a mencionar:

1. Una sed por conocer mejor al Señor y poder crecer en Él.

2. Una necesidad de conocer mejor Su Palabra, sabiendo que no podemos desarrollarnos sin ella. "No solo de pan vivirá el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Lucas 4:4).

3. Una comunicación cada vez más íntima con

Dios mediante la oración.

4. Una auténtica aversión hacia todo aquello que pueda convertirse en un impedimento para nuestra relación con el Señor: todo pensamiento, toda palabra o acto que nos pueda alejar de Él.

5. Una mayor seguridad en Cristo, que nos permita depositar nuestra confianza en Él en todo momento, y contemplar todo como señal de la atención que Él nos concede. Romanos 8:28

La verdad es que este tema de la vida cristiana es mucho más extenso de lo que permite tratar y merece tratarse en este pequeño libro. El nacimiento espiritual representa, ante todo, el conocimiento de una nueva vida con Jesucristo, una vida que tenga su fin junto a Dios, en el paraíso. Es preciso que pasemos por todas las etapas del crecimiento espiritual, yendo desde la infancia a la edad adulta.

El alimento espiritual que permite que nos desarrollemos y crezcamos es muy concreto:

1. Para los bebés:

"Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor" (1 Pedro 2:2-3).

2. Para los jóvenes:

"Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno" (1 Juan 2:14).

3. Para los adultos:

"Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16-17).

A lo largo de toda la vida del cristiano, la Biblia ha de ocupar un lugar fundamental, y puesto que es la leche espiritual del recién nacido, representa la fuerza de los jóvenes y prepara perfectamente al hombre de Dios para el servicio que el Señor le tiene destinado. Hablaremos acerca de este tema a lo largo del próximo capítulo.

Las buenas obras, los frutos son, pues, una evidencia, el resultado de una vida sobrenatural en aquel que ha nacido por la fe y pertenece a la familia de Dios. Pero la Biblia nos lleva más lejos todavía. Hemos visto en el segundo capítulo que, en la Biblia, la muerte significa la separación. Mientras que la vida significa todo lo contrario, es decir, la unión con Dios. He ahí el gran mensaje del Nuevo Testamento: ¡todo aquel que cree *está en Cristo!* Piense en las siguientes declaraciones:

1. Para la *salvación*:

"Ahora, pues, *ninguna condenación* hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1).

2. Para tener *comunión*:

"El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y *haremos morada* con él" (Juan 14:23).

3. Para alcanzar el *perdón*:

"En quien [Cristo] tenemos redención por su sangre, el *perdón de pecados* según las riquezas de su gracia" (Efesios 1:7).

4. Para disfrutar las *bendiciones*:

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con *toda bendición* espiritual en los lugares celestiales en Cristo" (Efesios 1:3).

5. Para que demos *fruto*:

"El que permanece en mí, y yo en él, *lleva mucho fruto*; porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5).

6. Para la *oración*:

"Si permanecéis en mí, y mis palabras permanece en vosotros, *pedid* todo lo que queréis, y os será hecho" (Juan 15:7).

Cada persona que recibe a Jesús como su Salvador y Señor tiene el privilegio incalculable de permitir que Dios mismo more en ella. Lo vemos en lo que se nos dice en el versículo 23 del capítulo 14 de Juan, que hemos citado un poco más arriba.

Las implicaciones de este hecho son tales que sobrepasan todos los límites de nuestra imaginación. Nuestro cuerpo se convierte en templo de Dios,² y venimos a ser como "recipientes de barro" que llevan en su interior "el tesoro" del conocimiento de la gloria de Dios.' La Biblia llama a esta Persona Divina que mora en el interior de todo creyente el Espíritu Santo. Es gracias a esta Persona que el creyente corriente y común puede ver realizada totalmente su vida cristiana, no teniendo que verse limitado por sus propias incapacidades, puesto que el Dios todopoderoso habita en él.

¿A qué se debe, por lo tanto, que encontremos tan pocas personas que conozcan esta vida de abundancia que nos ha prometido el Señor?⁴ Porque Dios, en la persona del Espíritu Santo, no actúa a menos que sea de acuerdo con la persona en la que mora. Por desgracia, se puede protestar diciendo que lo que Dios quiere hacer en nuestra vida es a través de nosotros mismos. Dios no obliga a nadie a creer en Él ni a servirle. No desea tener marionetas, sino siervos fieles y buenos, guiados por el amor y la gratitud que sienten por el amor de Dios. El cristiano puede "vivir según la carne"⁵ siguiendo las tendencias de su propio corazón, sin escuchar la voz de Aquel que mora en él. Al vivir de esta manera, "contrista" al Espíritu Santo y él mismo se siente triste y desgraciado, como un niño que hubiese desobedecido a sus padres. Semejante cristiano conoce muy poco la abundancia acerca de la cual habla el Señor Jesucristo, pero el cristiano también tiene la posibilidad de dejarse guiar por el Espíritu,⁶ y entonces conocerá la plenitud de una vida perfectamente adaptada a su personalidad, a sus capacidades y a sus dones. Se dice que Dios reserva la mejor parte para toda persona que le permite a Dios escoger. Cuanto más le permitamos gobernar nuestra vida tanto más veremos manifestarse el poder de Dios en ella.

Vemos los mismos principios en lo que a las leyes naturales se refiere. Durante muchos siglos; la humanidad ha vivido presenciando las enormes fuerzas de la naturaleza, sin conocerlas y mucho menos saber cómo utilizarlas. Ha habido hombres que se han pasado toda una vida ideando teorías sobre cómo cambiar los metales en oro. Luego fueron en aumento los conocimientos, y Newton descubrió las leyes de las atracciones universales. La humanidad se encontró con que obrando conforme a estas leyes naturales podía desplegar una fuerza increíble. De este modo surgió la revolución científica y técnica. Lo mismo sucede con el aspecto espiritual; no podemos esperar a conocer el poder de

Dios imponiéndole nuestra voluntad. Pero si nos ponemos a Su disposición y nos dejamos guiar por Su Espíritu, podremos entonces conocer "la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos" (Efesios 1:19).

He ahí lo que nuestro Dios quiere hacer a favor de cada uno de nosotros. ¿Conoce usted esa vida abundante? Si está en Cristo, es su derecho por herencia. Es la vida normal para un cristiano y Dios la da a todo aquel que le permite "llevar las riendas de su vida."

6

¿PODEMOS VERDADERAMENTE CONFIAR EN LA BIBLIA?

"Tu Palabra es verdad" (Juan 17:17).

"La Escritura no puede ser quebrantada" (Juan 10:35).

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mateo 5:17-18).

Desde el principio mismo de este pequeño libro nos hemos estado refiriendo continuamente a las Sagradas Escrituras. Hemos tomado como referencia única diversos pasajes de la Biblia, sin poner en duda su fiabilidad. Pero nos encontramos en la actualidad con personas que no están dispuestas a depositar toda su confianza en un libro que fue escrito hace cerca de 1.900 años. ¿Acaso no fue escrita por otros seres humanos, sujetos a los errores humanos y a los prejuicios correspondientes a la época? Además, ¿no es cierto que la Biblia es un libro que no llegaremos a entender jamás? ¿No se está siempre afirmando que la misma diversidad de las creencias y de las opiniones que se han inspirado en la Biblia nos dan motivos más que de sobra para desconfiar un poco de sus enseñanzas? ¿Acaso los eruditos no han demostrado ya, de una manera indubitable, que la Biblia contradice a ciertos datos científicos? Estos asuntos se nos plantean con frecuencia y es, por lo tanto, necesario pensar en ellos con detenimiento.

Porque si la Biblia no fuese otra cosa que el producto de su tiempo, la creación de ciertos hombres extraordinarios, no podríamos aceptarla jamás como nuestra única guía en la vida. Claro que nos haría mucho bien, pero al fin y al cabo, no podríamos nunca estar seguros de si una idea determinada procedía de Dios o si podía ser tan sólo el fruto de la imaginación de algún gran hombre del pasado.

Una cosa sí es segura. La Biblia se presenta como la revelación, de carácter único, de Dios, Su Palabra auténtica, que es la única guía para el creyente. Nos encontramos una y otra vez esta frase categórica: "Así dijo Jehová . . ." o "Jehová habló a ... y dijo"

El testimonio más sorprendente es el del propio Jesucristo, que durante toda Su vida dio pruebas de una confianza absoluta en las Escrituras que conocía, es decir, el Antiguo Testamento. A las preguntas 'que le hacían, tantos los amigos como sus enemigos, respondía con frecuencia diciendo: "¿Qué dicen las Escrituras?"

No podemos leer los relatos acerca de la vida de Jesús sin sentirnos conmovidos por el conocimiento que tenía de la Biblia y por la fe que tuvo en la Palabra de Dios. Para Él, hasta el poner el punto sobre las *jes*, es decir, los más insignificantes detalles de la ley, o del Antiguo Testamento, debían cumplirse. (Mateo 5:17-18) Un cierto día, atacado por Sus adversarios con respecto a un asunto relacionado con la resurrección, Jesús les respondió:

"Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios" (Mateo 22:29).

Para Jesús, la piedra angular de la verdad se encontraba en las Escrituras. Todo aquel que las ignorase caía fácilmente en el error.

Después de haber resucitado, encontramos a Jesús caminando con dos de Sus discípulos, que iban de camino al pequeño pueblo de Emaús, que no le reconocieron. Lucas nos dice que los ojos de ellos estaban velados. (Lucas 24:16) En vista de la tristeza que les había producido Su muerte, Jesús les hizo el siguiente reproche:

"¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?" (Lucas 24:25).

Haríamos bien en pensar en estas palabras. Los dos discípulos se encontraban tan conmovidos por las circunstancias que no habían creído en las sencillas declaraciones de la palabra de Dios y de su Maestro. Jesús les regañó fuertemente por su falta de confianza, por la lentitud con que tomaban a Dios al pie de la letra. ¿No cree usted que a nosotros nos diría lo mismo hoy en día? Es interesante que nos demos cuenta de que Jesús ha confirmado la veracidad de todos los relatos que pone en duda el comportamiento del hombre moderno. Habló acerca de Adán y Eva, de Noé y del diluvio universal, de Abraham, de Moisés. ¿Estamos nosotros realmente en condiciones de llevarle la contraria en lo que a éstos o a cualquier otro punto se refiera?

La persona que acepta a Jesucristo como su Salvador y Señor, que dice ser Su "discípulo," ¿tiene realmente libertad como para poner en duda lo que enseña su Maestro? Si le acepta como su Señor, es decir, su Dios, debe saber que Él no puede ni mentir ni equivocarse. Ya hemos visto lo que esto significa. Quiere decir que aceptamos lo que Él nos dice, que depositamos nuestra confianza en Él. Si no estamos dispuestos a aceptar Sus afirmaciones acerca de la Biblia, lo menos que podemos decir, es que somos unos inconsecuentes. Estoy completamente convencido de que no podemos aceptar a Jesucristo como nuestro Señor sin aceptar que Su Palabra es la verdad y es, además, la autoridad definitiva para nuestra vida.

Está muy en yoga en la actualidad decir que la Biblia no es necesariamente la Palabra de Dios, sino que contiene la Palabra de Dios. Será, por lo tanto, responsabilidad del estudiante examinar las historias y los mitos de la Biblia y encontrar el núcleo que representa la verdad de Dios. Esto podrá resolver el problema de las aparentes contradicciones que existen entre la Biblia y la ciencia. Pero nos encontramos ante un dilema: ¿Cómo distinguir entre lo verdadero y lo falso? Es sencillamente una cuestión personal. Si el sermón del monte es algo que me conmueve, estará inspirado, pero si las enseñanzas concretas de Jesús sobre el infierno me parecen pasadas de moda, las rechazaré, convirtiéndome, de ese modo, en juez de la Palabra de Dios. ¡Cosa, por supuesto, inadmisibile! Somos nosotros los que debemos de ser juzgados por la Palabra de Dios y los que tenemos necesidad de corregir nuestra perspectiva.

No cabe duda alguna de que habrá ciertos pasajes de la Biblia que no podremos comprender y otros que nos podrán resultar chocantes. Pero el problema no se encuentra en la Biblia, sino en nosotros mismos. Nos sentimos preocupados por los prejuicios y por ideas falseadas por causa de la educación que hemos recibido y de las tradiciones. En un pasaje muy importante acerca de la inspiración de la Biblia, Dios nos dice:

"Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16-17).

Podemos leer, de acuerdo al texto original: "Toda Escritura es respirada [expirada o pronunciada] por Dios." Tiene como fin enseñarnos a nosotros y corregirnos. El niño no asiste a la escuela con el propósito de criticar a su profesor de matemáticas, sino para aprender, para corregir las ideas equivocadas que pueda tener. Si esto es cierto y se aplica a nuestra escala humana y falible, es mucho más importante cuando nuestro maestro es nada menos que Dios mismo.

Yo me hice cristiano durante mi primer año en la universidad, hace ya dieciocho años. A partir de ese momento,

acepté por la fe la veracidad de las Escrituras, aunque no sin ciertas dudas, es cierto, debidas a la educación científica que había recibido. Durante estos dieciocho años, he tenido ocasión de estudiar las Escrituras todos los días y de escudriñar una serie de temas científicos, arqueológicos y otros relacionados con la Biblia. En la actualidad estoy completamente convencido de que cuanto más se conoce el mensaje auténtico de la Biblia, tanto más vemos desaparecer este problema. Me he encontrado con que la mayor parte de las susodichas contradicciones se esfuman una vez que se ha realizado un estudio profundo de los pasajes en cuestión. Yo he podido regocijarme una y otra vez al darme cuenta hasta qué punto los hechos arqueológicos y científicos confirmaban lo que había revelado Dios, hace tantísimo tiempo.

El autor está igualmente convencido de que las diversas tendencias teológicas del cristianismo se deben no a lo imposible que pueda resultar conocer la revelación de Dios, sino a la ignorancia inexcusable de aquellos que se presentan como directores espirituales. No hay duda de que sigue habiendo algunos pasajes de la Biblia que son difíciles de comprender, que existen aún divergencias sobre ciertos puntos de vista secundarios. Pero se puede decir que en la actualidad el origen de la confusión en el cristianismo es debida a una ignorancia lamentable acerca de la revelación de Dios. Las últimas palabras que pronunció Jesús en público son una solemne advertencia:

"Yo, la luz, he venido al mundo para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar" (Juan 12:46-49).

¿Por qué existen tantas personas que hacen caso omiso de la Palabra de Dios? A fin de poder dar respuesta a esta pregunta es preciso que pensemos en otra. ¿Por qué hubo tanta oposición en contra de Jesucristo, el Hijo de Dios, cuando vino a la tierra? Uno de los versículos más tristes de toda la Biblia se encuentra en la introducción al Evangelio según Juan. Al presentar a Jesucristo como el Verbo, el Creador del universo, Juan nos dice:

"En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron" (Juan 1:10-11).

¿Por qué motivo no fueron capaces de reconocer en Jesucristo a su Mesías, su Señor? Jesús mismo nos da al menos una razón. Durante una confrontación con ciertos dirigentes de Israel, cita el siguiente pasaje correspondiente al Antiguo Testamento:

"Este pueblo de labios me honra, más su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres" (Marcos 7:6-7).

Durante la vida de Jesús, la Palabra de Dios había sido abandonada prefiriendo seguir las tradiciones y los preceptos humanos. Podían distinguirse dos grandes corrientes del pensamiento. Por un lado tenemos la de los fariseos, que en su celo habían añadido a la sencillez de los mandamientos de Dios toda una serie de tradiciones, de formalidades y de normas que llegaban incluso a ocultar el mensaje central de la revelación de Dios. Por otro lado, se encontraba la de los saduceos, que tenían tendencia a rechazar de la Palabra de Dios todo aquello que no les complacía. En ambos casos, la tradición, establecida a lo largo de un gran número de generaciones, creó en Israel una gran divergencia de opiniones, pero al mismo tiempo alejó al pueblo del mensaje sencillo de la Biblia. Estoy totalmente convencido de que hubo muchísimas personas que pensaron que resultaba de todo punto imposible lograr encontrar la verdad entre aquellas dos opiniones.. ¡Eran tan contraria la una a la otra, a pesar del hecho de que se suponía que ambas se fundaban en la Biblia! Las críticas que les hizo a Jesús fueron muy duras:

"Habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición" (Mateo 15:6),

y además:

"Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios" (Mateo 22:29).

Todos nos sentimos aferrados a nuestras tradiciones. ¿Quién está dispuesto a renunciar a todo lo que ha conocido desde la infancia, a toda su educación? Además, sería una verdadera pena rechazarlo todo. Tenemos mucho que aprender de nuestros padres, pero Dios nos dice que no antepongamos nada a Él. Un día Jesús les dijo a Sus discípulos:

"El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí" (Mateo 10:37-38).

La Biblia nos manda que amemos a nuestros padres y además dice que el que no ama a su padre o su madre o a cualquier persona de su familia es "peor que un incrédulo" (1 Timoteo 5:8). Pero la persona que ame más a su familia que a Jesucristo no es digna de Él. ¡Qué lamentable es que una persona, por causa del respeto a su tradición, se niegue a examinar la verdad y dejarse transformar por la luz de la Palabra de Dios! Esta es, en la actualidad, una de las razones principales por las que hay muchas personas que no quieren venir a Jesucristo. ¡Porque no quieren cambiar! No desean leer la Biblia por temor a encontrarse con la verdad y verse obligadas a aceptar todas sus consecuencias. Sin embargo, para la persona que esté dispuesta a escudriñar las Escrituras, no como apoyo a su propia postura, sino como una enseñanza, como una revelación o corrección, Dios le revela, de modo ineludible, su verdad y su voluntad.

La Palabra de Dios no es difícil de entender para la persona que está buscando la verdad. Dios, en Su inmenso amor, ha dado a Su Hijo para salvarnos. No privaría a nadie de Su reino mediante un relato que resultase incomprensible, sino que envía a Su Espíritu con el propósito de abrir los ojos a todo aquel que busque la luz tal y como es, y que está dispuesto a venir a Dios, aceptando Sus condiciones. Yo le aseguro que, conforme a las promesas inquebrantables del Dios del universo, "el que busque, hallará" (Mateo 7:7).

La revelación de Dios se encuentra al alcance de todos y es para todos, sin excepción. Es de una sencillez tal que hasta un niño pequeño la puede entender. Es, al mismo tiempo, tan profunda que el teólogo más informado dista mucho de haber descubierto todo acerca de ella.

No nos dejemos confundir tampoco por la cuestión de las traducciones. El decir que el sentido de la Biblia se ha oscurecido a causa del sinnúmero de traducciones que de ella se han hecho no es otra cosa que una excusa para no leerla. Una simple lectura de las mejores traducciones será suficiente para asegurarnos que el contenido del texto no ha cambiado. Es más, las diversas traducciones nos conceden la afortunada posibilidad de comprender mejor el sentido de un pasaje determinado.

Este libro no pretende, ni mucho menos, responder a todas las preguntas de todo aquel que se sienta preocupado por el problema de la fiabilidad de la Biblia. La lectura de las obras que indicamos al final de este libro podrá responder, de una manera satisfactoria, a estos interrogantes. Quisiera sencillamente afirmar y asegurar al lector que la Biblia es la Palabra de Dios, digna de toda su confianza, infalible y comprensible, y que debe ser su única guía, su única autoridad en asuntos de religión. Sin ella, la religión no es ya una verdad, sino una opinión personal, una imaginación para sostenernos o "el opio del pueblo." Con la revelación de Dios, la religión se convierte en una realidad.

LA IGLESIA

"Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes, a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro" (1 Corintios 1:1-2).

Se nos dice que en nuestros días la iglesia está perdiendo su importancia y que ya no está de moda encontrarse en la iglesia los domingos. Las personas a penas si ponen los pies en ella para casarse o para asistir a un entierro. La queja suele ser que la iglesia no es ya adecuada para esta sociedad moderna y activa, que las ceremonias han perdido su significado.

¿Es la iglesia de alguna utilidad para nuestra generación? El problema no radica precisamente ahí, puesto que la iglesia que fundó nuestro Señor Jesucristo es siempre actual y necesaria. La iglesia de nuestro tiempo se siente preocupada por el hecho de que se parece muy poco a la que fundó Jesucristo. En efecto, en la actualidad, la iglesia difiere en algunos puntos de la que nos ha sido presentada en la Biblia. En este aspecto de nuestra fe, también tenemos necesidad de consultar la Palabra de Dios, de revisar nuestras ideas y nuestras tradiciones a su luz. ¿Cómo era aquella iglesia fundada por nuestro Señor y los primeros discípulos? ¿Qué nos dicen las Escrituras al respecto?

Para comenzar, ¿qué significó el término "iglesia" para los escritores bíblicos? Todo aquel que lea el Nuevo Testamento con todo cuidado se da cuenta de que esta palabra no se emplea jamás con el propósito de referirse a un edificio construido por el hombre. Claro que existe el templo, que era el lugar de adoración de los judíos. Pero la Biblia hace una distinción muy clara entre lo que es el templo y lo que es la iglesia. La palabra "iglesia," que es la traducción del término *ekklesia* en griego, tiene dos significados distintos.

El primer sentido de esta palabra, basado sobre el uso habitual que a la misma se le daba en Grecia, es el de "asamblea." Incluso en la Biblia podemos encontrar este término utilizado para describir la asamblea general de un pueblo. (Hechos 19:32,40) El segundo sentido de la palabra se deriva de su etimología. Este término se compone de dos palabras: *ek*=fuera de y *klesis*=llamada, ofreciendo, por lo tanto, la idea de un llamamiento, de una convocación. Para decir verdad, el término "iglesia" reúne, en la Biblia, estas dos ideas: sirve para describir una asamblea de personas que han recibido un llamamiento del Señor. La iglesia bíblica es una asamblea de aquellos que han respondido al llamamiento hecho por el Señor y que viven en íntima comunión fraternal. Poco importa el lugar donde se reúnan. No resulta extraño encontrar, en las epístolas escritas por el apóstol Pablo, saludos dirigidos a la iglesia que se reunía en una casa, como por ejemplo:

"Saludad también a la iglesia de su casa" [la de Priscila y Aquila] (Romanos 16:5).

"Saludad a los hermanos que están en Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que está en su casa" (Colosenses 4:15).

¡No es preciso decir siquiera que Pablo no se refería al edificio!

Todo aquel que examine la enseñanza bíblica sobre la iglesia se da cuenta rápidamente de que existe una distinción entre dos clases de iglesias, que son diferentes, pero que son al mismo tiempo parecidas. La Biblia nos habla acerca de la *Iglesia* y las *iglesias*. Es muy importante que entendamos esta distinción.

Existe primeramente la *Iglesia* de Jesucristo, que describe la asamblea de todos aquellos que, de todos los tiempos, se encuentran en Cristo. Pertenece a Jesucristo, que es el arquitecto y el constructor. Jesús, al mencionar por primera vez la *Iglesia*, dijo a Sus discípulos: "Yo edificaré mi *Iglesia*" (Mateo 16:18).

En su epístola a los cristianos de Éfeso, Pablo llama a la *Iglesia* "la casa de Dios" y la describe diciendo:

"Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Efesios 2:19-22).

El formar parte de esta casa es sinónimo de haber nacido del Espíritu. No cuente usted con formar parte de esta *Iglesia* por el mero hecho de que sus padres perteneciesen a ella, o porque, de recién nacido, haya recibido usted el bautismo. Solamente son miembros aquellos que, de buena voluntad, han aceptado a Jesucristo y el don de la vida eterna en El. Si usted lo ha hecho, Dios le ha salvado por la eternidad y le ha unido a Jesucristo con un vínculo indisoluble. Se ha convertido usted, conforme a la imagen que nos ofrece el apóstol Pedro "en piedra viva" en un "edificio espiritual." La unión del creyente con Jesucristo es tan importante que también se llama a esta *Iglesia* el cuerpo de Cristo y la esposa de Cristo. No hay nada que sea más íntimo que las relaciones entre esposos o entre los miembros de nuestro cuerpo. No hay nada que sea más íntimo que los lazos que unen a un miembro de la *Iglesia* de Cristo a su Maestro.

Nada es más precioso para Dios que Su *Iglesia*, comprada con el precio de la sangre de Su Hijo.

2. Ver Hechos 2:47. "Y el Señor añadía a su iglesia cada día a los que habían de ser salvos." Nos damos cuenta, leyendo este versículo, que es el propio Señor el que añade a Su *Iglesia* y que solo añade los que son salvos.

3. Ver 1 Pedro 2:5.

4. Ver Efesios 1:23; 5:25-26.

Es precisamente por ello por lo que no permitirá que ni un solo miembro de Su cuerpo le sea arrebatado.

"¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Romanos 8:35-39).

Jesús utiliza otra imagen para expresar el mismo pensamiento.

"Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Juan 10:27-29).

No existe más que una sola *Iglesia*, la universal. Es la asamblea de todos aquellos que se encuentran en Jesucristo. Ella...y todos sus miembros, se encuentran unidos a El por medio de lazos indefectibles y eternos.

La Biblia nos habla, sin embargo, de iglesias. Todas las epístolas del Nuevo Testamento van dirigidas a los cristianos de las iglesias de diversas ciudades a las cuales había llegado el evangelio y a las cuales había tocado. Podemos formarnos una

idea bastante precisa acerca de lo que representaban aquellas "asambleas" por medio de la lectura del Nuevo Testamento. Eran grupos de personas que se habían unido por causa de su fe, en su deseo por servir a su Señor, al que tanto amaban. Los cristia-

nos de Tesalónica nos ofrecen un ejemplo:

"Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero" (1 Tesalonicenses 1:9).

Las primeras iglesias fueron apareciendo por todo el mundo entonces conocido, gracias al hecho de que hubo personas que fueron transmitiendo el mensaje de vida en Jesucristo. A pesar de que fuese diverso de unos a otros, podemos, a pesar de todo, destacar varios puntos en común:

1. Su forma y estructura eran sencilla.
2. Se destacaban por su amor recíproco y por su celo en dar a conocer el maravilloso mensaje de salvación en Cristo⁵

5. Tertuliano, escritor cristiano del segundo siglo después de Cristo, describe de la siguiente manera las comunidades cristianas de su época:

"Voy a mostrarles lo que son los cristianos, pues es necesario conocerles. Unidos por el lazo común de una misma fe, de una misma esperanza, forman un solo cuerpo. Nos reunimos con el propósito de orar a Dios; oramos a favor de los emperadores, de los ministros, por todas las autoridades, y, a favor de la paz. Además, nos reunimos para leer las Escrituras de donde sacamos la luz y las advertencias que necesitamos; esta santa palabra alimenta nuestra fe, da alas a nuestra esperanza y reafirma nuestra confianza.

3. Sus reuniones se caracterizaban por cuatro elementos que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles.⁶

- Se mostraban asiduos y deseosos de escuchar las enseñanzas de los apóstoles.
- Eran fieles a la comunión fraternal.
- Practicaban el partimiento del pan (también conocido como Cena del Señor).
- Perseveraban en la oración.

4. En cada una de las iglesias o asambleas, Dios levantaba dirigentes, que eran nombrados ancianos o también obispos y diáconos.'

Tenemos que darnos cuenta, y lo hacemos con tristeza, que en ocasiones estas iglesias o comunidades de hombres y mujeres, no se sentían más unidas al Señor de lo que se sentían sus miembros. Con frecuencia nos encontramos, en las páginas del Nuevo Testamento, solemnes advertencias dirigidas a tal o a cual iglesia, que no seguía al Señor en una o en distintas de sus responsabilidades. (Apocalipsis 2:3)

"Cada uno da todos los meses, o en el momento en que más le convenga, una suma módica de dinero, si es que lo desea y puede, ya que no obligamos a nadie a hacerlo, ya que no hay nada que sea más voluntario que esta contribución; es un depósito de piedad que se utiliza para alimentar y para enterrar a los pobres, a aliviar a los huérfanos que nada poseen, las personas ya ancianas, a los desgraciados que han naufragado. Si hay cristianos condenados a las minas, encerrados en las cárceles o relegados a las islas por la causa de Dios, son amparados por la religión que confiesan.

"Pero, con todo y con eso, nos encontramos con personas que se meten con esta caridad. Ved cómo se aman, cómo están dispuestos a morir los unos por los otros." Citado por J.M. Nicole, Précis d'Histoire de l'Eglise (Nogent-sur-Mame, Francia: Editions de L'Institut Biblique), p. 40.

6. Ver Hechos 2:42.

7. Ver Filipenses 1:1; Hechos 20:17, 28

Las iglesias que se mencionan en el Nuevo Testamento son distintas a la Iglesia de Jesucristo. No cabe duda de que debían reflejar en la medida en que los miembros fuesen auténticos cristianos y unidos a Jesucristo. Las iglesias eran necesarias y lo siguen siendo en la actualidad, pero no eran útiles más que en la medida en que permanecían fieles al Señor y a Sus enseñanzas. Esto se aplica también a nuestros días.

Si hemos mencionado a la Iglesia en este libro, es con el propósito de subrayar ciertas implicaciones para todo auténtico creyente en Jesucristo. Queremos ahora mencionar algunos principios que son importantes acerca de la responsabilidad que tenemos para con la Iglesia de Jesucristo, así como las iglesias, si somos cristianos de verdad.

En el Nuevo Testamento buscaremos en vano los nombres que en la actualidad son tan corrientes, como puedan ser: católico, protestante, etc. Pero sí encontramos, en cambio, términos como: 1) discípulo: el que sigue a su maestro; 2) cristiano término de desprecio que servía para designar a todo aquel que era un discípulo de Cristo, y 3) Santos: término que aparece siempre en el plural en el texto y que describe a los cristianos de la época. ¡Vale más conservar esos términos! La Iglesia de Cristo la forman todos los cristianos de verdad, sea cual fuere la designación humana que se les dé.

2. Por otro lado, el pertenecer a una iglesia local no es una garantía de estar unidos al cuerpo de Cristo. Solamente Dios conoce a las personas que de verdad le pertenecen, y no cabe duda alguna de que un día nos vamos a llevar un buen chasco al ver las personas que cuentan en Su Iglesia. Estarán muchas personas que no pensábamos que iban a estar, y en cambio, no estarán otras. Cuando nació nuestro Salvador, los que le fueron a ver fueron los sencillos pastores o los magos de Babilonia, que acudieron ante Su presencia con el propósito de rendirle pleitesía y no los dirigentes de su propia nación. Es más, al pasar el tiempo, ¡aquellos dirigentes se pusieron en su contra! En uno de Sus discursos el Señor habló acerca de la sorpresa que se llevarán las gentes al ser juzgadas:

"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mateo 7:21-23).

¡Con cuánta frecuencia hablaba Jesús de aquellas personas que estaban convencidas de que vivían para el Señor, pero que en realidad estaban en Su contra! No cabe duda alguna de que en la actualidad hay en nuestras iglesias, muchos que no forman parte de Su Iglesia, la de Cristo. Yo no digo estas palabras con la intención de juzgar, ya que no hay más que uno que pueda juzgar y es Dios. Es más bien con el propósito de advertir, de despertar a la gente que escribo. Puede que sea usted católico o protestante por nacimiento, por haber sido bautizado, o por tradición. Pero ¿es usted cristiano de verdad?

¿Es miembro de Su Iglesia? ¿Ha sido unido a Dios por haber nacido de nuevo, de lo alto? Es siempre provechoso examinar nuestra vida a la luz de la Palabra de Dios y no es demasiado tarde como para poder aceptar Su invita-

ción:

"Yo soy el pan de vida, el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás" (Juan 6:35).

3. Por lo tanto, *el pertenecer a una iglesia no es una garantía de poseer la auténtica vida en Cristo*. Tampoco quiere decir eso que la iglesia no sea importante para todos aquellos que deseen seguir al Señor. ¡Todo lo contrario! Todo en la vida actual parece ir en contra de una vida de reflexión y de meditación. A nuestro tren de vida, ya de por sí acelerado, ahora tenemos que añadir la televisión que se apodera, con harta frecuencia, del poco tiempo que nos queda libre. Resulta difícil seguir fielmente al Señor con semejante régimen. Tenemos una tremenda necesidad de animarnos los unos a los otros. La persona que se hace cristiana se convierte en miembro del cuerpo de Cristo y depende no solamente de la cabeza, que es Cristo, sino de los demás miembros del cuerpo. Efesios 4:15-16.

Resultaría difícil, por no decir imposible, continuar fieles al Señor sin aprovechar ese medio divino de crecimiento y de estímulo que es la comunidad cristiana. Además Dios nos ha mandado:

... no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca" (Hebreos 10:25).

Es, por lo tanto, indispensable que todo verdadero cristiano se comprometa a formar de una asamblea cristiana, si es posible, sin que importe demasiado el número de personas que pertenezcan o la comunidad que sea. Jesús ha dicho:

"Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieran de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mateo 18:19,20).

Lo importante es, por tanto, reunirse en Su nombre, entre auténticos cristianos y esto por las razones que ha dado el mismo Dios: (Hechos 2:42 y Hebreos 3:12-13) la oración, la mutua exhortación, y la enseñanza de los apóstoles. Si conocemos al Señor, buscaremos dicha comunión como una de las cosas más importantes en nuestra vida, llegando incluso a dejar de lado ciertas actividades que antes de conocerle nos complacían. Es cierto que en ocasiones esto puede requerir el hacer grandes sacrificios para la persona que venga a Cristo. Pero no olvidemos lo grande que fue el sacrificio que hizo nuestro Señor a nuestro favor. Recordemos, igualmente, el principio fundamental de toda la vida en Cristo:

"Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Corintios 5:14-15).

Sabemos que la persona que se entrega al Señor, y que está dispuesta a abandonarlo todo, si es necesario, para seguirle, recibirá mucho más de lo que ha dejado. Una vez que hayamos conocido el amor fraternal y la auténtica "asamblea" o "iglesia" cristiana, sabremos la maravillosa y refrescante que es. Esa clase de iglesia no pasará jamás de moda. ¡Hoy es cuando más la necesitamos!

8

UNA INVITACIÓN

"He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo" (Apocalipsis 3:20).

En el último libro de la Biblia encontramos esta invitación hecha por el mismo Señor Jesucristo. Fue hecha a los miembros de la iglesia de Laodicea. Laodicea se encontraba en Frigia o en Turquía central, habiendo sido famosa desde los tiempos de los apóstoles debido a su comercio y sus riquezas. La iglesia local sacaba igualmente provecho. De las siete iglesias descritas en las cartas de Jesús, era la más rica, materialmente hablando, y la más pobre, desde el punto de vista espiritual. Las palabras del Señor en este sentido son duras:

"Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te escupiré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico y me he enriquecido y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego, desnudo" (Apocalipsis 3:15-17).

Si el Señor escribe a estas siete iglesias, es debido a que, en cierto modo, representan a las iglesias de todos los tiempos. No podemos evitar, sin embargo, encontrar un lamentable parecido con la iglesia de Laodicea y nuestra iglesia del siglo XX, que es rica, desde el punto de vista material, pero pobre desde el espiritual. Es precisamente esta situación triste y sombría la que aprovecha Jesús para hacer Su invitación, una invitación personal a usted y a mí, seamos quien seamos, y sea cual fuere nuestro pasado.

Conforme a esta palabra, Jesús se encuentra a la puerta de nuestro corazón y llama. Nos invita personalmente a tener una comunión íntima y eterna con Él. Un día tendremos que comparecer ante Dios, para entrar en Su presencia para toda la eternidad o para estar eternamente separados de Él. (Juan 5:25 y 2 Tesalonicenses 1:6-10) Todo dependerá de cuál sea nuestra respuesta a Su invitación. En Su gran amor, Jesús llegó hasta el sumo sacrificio a fin de que nosotros pudiésemos tener la vida gracias a Su muerte. Y actualmente, llama con paciencia, con el deseo de entrar en nuestra vida para que nosotros nos podamos beneficiar.

Si alguien llama a la puerta de nuestra casa, no estamos obligados a franquearle la entrada y podemos hacer caso omiso de la llamada. Y nuestro visitante, si es educado, no insistirá más. De la misma manera, Jesús no nos obliga a que le aceptemos, ya que es educado. No va a entrar por la fuerza por la puerta de nuestra vida, pero tiene grandes deseos de entrar para cenar con nosotros. Esta cena representa la comunión con El y la comunión del Señor jamás nos decepcionará. Es un tremendo privilegio tener a Dios como nuestro invitado, pero nos toca a cada uno de nosotros tomar la decisión.

¿Cómo podemos escuchar Su voz? Se hace oír por medio de Su palabra. En este libro, hemos pensado juntos acerca de lo que la Biblia nos dice sobre la salvación y nuestra relación eterna con nuestro Señor. Los pasajes que se han citado no son, ni mucho menos míos, ya que proceden de la boca del mismísimo Señor. ¿Hemos escuchado Su voz? Yo le invito a usted, lector, en el nombre del Señor Jesucristo, a que abra su corazón y permita a Jesús que entre en su vida, que intervenga y la dirija a partir de este mismo momento. Creer en el Señor Jesucristo como su único Salvador es responder a esta invitación, es decirle: "Sí, Señor, entra en mi vida y sálvame."

Es posible que la lectura de este libro haya suscitado ciertas dudas en usted sobre la relación que tiene con Jesucristo. Tal vez no sepa, con toda certeza, si ha nacido de nuevo o no. Es usted un buen católico o protestante y ha vivido experiencias maravillosas en el seno de su iglesia, pero no se siente seguro en cuanto a pertenecer de verdad a Jesucristo.

Medita por unos momentos sobre esta pregunta: *¿Es usted simplemente religioso o cristiano de verdad?* ¿Cómo puede usted estar seguro? Sea cual fuere nuestro pasado, podemos ahora mismo, de una vez por todas, responder a Su invitación. Sepa que el Hijo eterno de Dios no será jamás infiel a Su promesa. Cristo vendrá, morará en nosotros, y no nos abandonará jamás. (Juan 14:23 y Judas 24) Este paso decisivo, por insignificante que dé la impresión de ser en estos momentos, nos llevará por el sendero de la vida con el Señor, sendero que nos abrirá nuevos horizontes "mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros" (Efesios 3:20).

"Guárdame oh Dios, porque en ti he confiado. Oh alma mía, dijiste a Jehová: Tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti... porque no dejarás mi alma en el Seol ni permitirás que tu santo vea corrupción. Me mostrarás la senda de la vida; en

tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre" (Salmo 16:12, 10-11).

BIBLIOGRAFÍA

Choiquier. *Un seul chemin*. Francia: Editions Télos, 1973.

DeHaan, Martin R. *¿Religión o Cristo?* Grand Rapids: Editorial Portavoz, 1970.

Graham, Billy. *Paz con Dios*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones.

Kuen. *Il faut que vous naissiez de nouveau*. Francia: Ligue pour la lecture de la Bible, 1968.

_____. *Je bâtirai mon Eglise*. Suiza: Editions Emmaus, 1967.

Vernet. *La Bible et la Science*. Francia: Ligue pour la lecture de la Bible, 1971.

Pache, René. *L'inspiration et l'autorité de la Bible*. Suiza: Editions Emmaus, 1967.